

# LA EXCURSION DE GOLIN



COLECCION MARUJITA N° 60



# La excursión de Golin

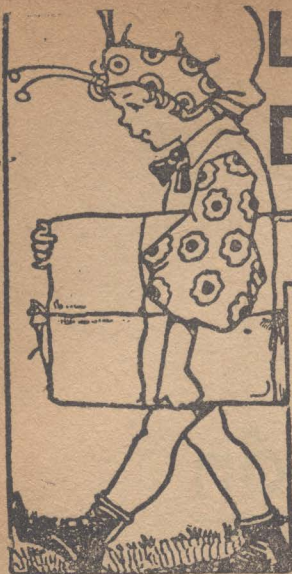
118 X 162



PRINTED IN ARGENTINA



# LA EXCURSION DE GOLIN



Una vez, el gnomo Golín tuvo ocasión de hacer un favor a la bruja Trapisonda y ella quedó muy agradecida.

—Te daré algo—le dijo.

— ¿Te gustaría un traje mágico?

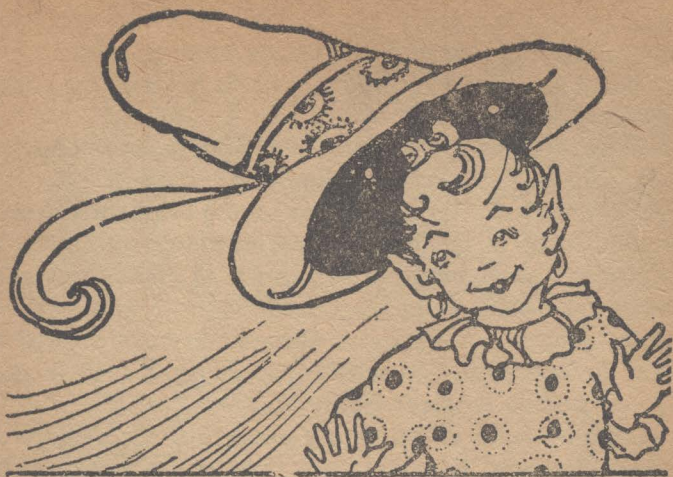
—¡Ya lo creo! — contestó Golín, muy satisfecho. — ¡Qué bien!

Así, pues, la bruja Trapisonda dió a Golín un traje encantado, de seda, amarillo con topos rojos y provisto de grandes bolsillos.

—Ahora—dijo la bruja a Golín—cuando te pongas este traje se cumplirán todos tus deseos, pero es preciso que hagas una cosa. Cada año habrás de ir al mundo de los niños y conceder deseos a seis de ellos. No te olvides de eso, Golín, porque, de lo contrario, desaparecería la magia de tu traje.

Golín prometió tenerlo en cuenta y emprendió el regreso a su casa llevando el traje envuelto en un papel de color pardo.

Al día siguiente, la anciana tía de Golín fué a visitarlo. A la buena señora le gustaba mucho el chocolate y con



## EN EL ACTO APARECIÓ UN SOMBRERO AMARILLO QUE HACÍA JUEGO CON EL TRAJE

mucha frecuencia se quejaba de que su sobrino Golín no sabía hacerlo debidamente.

Teniéndolo en cuenta, el gnomo decidió utilizar la magia de su traje, para dar a su tía una maravillosa sorpresa. Vistióse con él por la mañana, se contempló al espejo y vió que estaba muy elegante. Y deseoso de comprobar las cualidades mágicas de su traje, metió las manos en los bolsillos y exclamó en voz alta:

—Deseo un lindo sombrero, que haga juego con mi traje y, además, que tenga por adorno una hermosa pluma.—Apenas había pronunciado estas palabras, cuando apareció un sombrero amarillo, con una pluma roja, y fué a caer en su cabeza.—¡Caramba!—exclamó Golín, complacido.—¡Qué bonito es!

Dirigió la mirada a su alrededor y vió que la cocina



estaba bastante sucia y que los platos del almuerzo aun continuaban sin lavar. También las cortinas estaban llenas de polvo y Golín recordó que su tía le había recomendado lavarlas.

—Voy a divertirme—pensó metiéndose las manos en el bolsillo.—Ahora, cocina, límpiate.

En el acto todas las cosas de la cocina empezaron a menearse. Corrió el agua del grifo y los platos saltaron a la fregadera y se lavaron por sí mismos. El mantel se metió luego, a su vez, en la fregadera, se frotó con jabón y quedó blanco como la leche. Después la bayeta fregó el suelo de la cocina, con mucha mayor rapidez de la que hubiese podido emplear Golín.

El cepillo saltó de su sitio y empezó a sacar el polvo de las alfombras. En cuanto a la pala, fué a situarse ante la escoba, para recoger la basura y así que estuvo llena, salió de la casa y se vació en el cubo de la basura.

Debierais haber visto la cocina en cuanto acabó la agitación. Todo brillaba y resplandecía. Incluso las sartenes se habían metido en la fregadera para quedar perfectamente limpias. Era maravilloso.

—Ahora nos ocuparemos de las cortinas—dijo Golín, metiendo de nuevo las manos en los bolsillos.—¡Limpiaos!—les dijo.

No tuvo necesidad de mandarlo dos veces. Desprendiéronse las cortinas de sus anillas y se precipitaron hacia la fregadera. Abrióse el grifo del agua caliente, que llenó el cubo, y el jabón, por su parte, formó la espuma correspondiente. En cuanto estuvo hecho, las cortinas se metieron en el agua y se frotaron por sí mismas, hasta quedar perfectamente limpias.

Luego saltaron, se retorcieron y fueron a colgarse de la cuerda del patio, donde las pinzas de madera las



SU TÍA SE QUEDÓ ASOMBRADÍSIMA, AL VER SERVIDA  
LA MAGNÍFICA MERIENDA

sujetaron convenientemente. Sopló el viento sobre ellas con tanta eficacia, que, a los pocos minutos, pudieron volver a la cocina. Mientras tanto, la plancha había ido a ponerse sobre las brasas del fogón, de manera que en cuanto las cortinas se tendieron sobre la tabla de planchar, las dejó lisas y sin la menor arruga.

Inmediatamente las cortinas volvieron a colgarse por sí mismas en las ventanas. ¡Qué limpias estaban!

—¡Es maravilloso! — exclamó Golín, extasiado.—¡A ver qué me dirá mi tía!

Después empezó a pensar en la comida.

—Será preciso hacer un buen chocolate y también un poco de jalea de peras. Luego prepararé unos bocadillos de jamón, una ensalada y un poco de crema—deci-



dió Golín.—De este modo podré ofrecer a mi tía una magnífica merienda.

Deseó todas aquellas cosas, de modo que debierais haber visto la agitación que, de nuevo, reinó en la cocina. Pero aquel impulso mágico actuó con tal rapidez, que, a los pocos minutos, estaba todo preparado.

Golín estaba sencillamente entusiasmado y cuando, por la tarde, llegó su anciana tía, se quedó en extremo sorprendida al observar el aspecto de la cocina. Examinó, una por una, todas las cosas y, por fin, fijó los ojos en la magnífica merienda que la aguardaba.

—¡Dios mío!—exclamó asombrada,—¡qué cambio tan maravilloso, Golín! Sin duda has trabajado mucho. Estoy muy contenta de ti.

Dió al gnomo un cariñoso beso, de modo que Golín se sonrojó de placer.

—Todo se debe a mi traje mágico, tía—le dijo, porque era incapaz de mentir.

Y luego siguió contándole todo lo ocurrido.

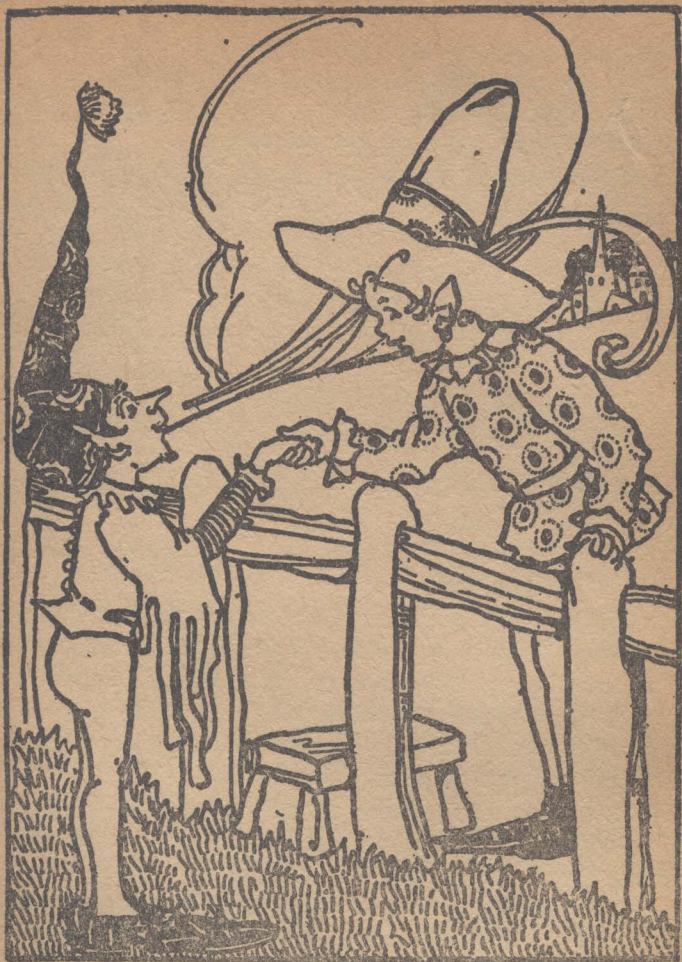
—Bueno—dijo la tía,—ahora ten mucho cuidado con este traje. Y, sobre todo, no te olvides de ir al mundo de los niños, para satisfacer el deseo de seis de ellos. Ya sabes que, si no lo haces, perderás ese traje maravilloso.

Golín disfrutó mucho con él. Concedió a todos sus amigos la satisfacción de sus deseos y ya podéis imaginaros que aumentó considerablemente el número de sus amistades. Por fin llegó un tiempo en que comprendió la necesidad de ir al mundo de los niños, con objeto de que no se debilitara la magia de su traje.

Así, pues, un día, Golín se lo puso, sin olvidarse de su sombrero adornado por una pluma y se dirigió al límite extremo del País de las Hadas.

—¡Cuánto se alegrarán los niños de verme!—dijo.





GOLÍN ESTRECHÓ LA MANO DEL DUENDECILLO  
VERDE Y PENETRÓ EN NUESTRO MUNDO

—¡Y también de ver satisfechos sus deseos! Con toda seguridad no ven con frecuencia a un habitante del País de las Hadas, de modo que en cuanto esté en medio de ellos se pondrán locos de entusiasmo.

—Quizá no—le dijo su amigo, el Duendecillo Verde, que lo acompañó hasta las puertas del País de las Hadas.—He oído decir que ahora los niños ya no creen en las hadas ni en los gnomos y que están demasiado ocupados con sus aparatos de radio y sus "meccanos", de modo que ya no sienten interés por nosotros. Tal vez no crean en ti.

—¡No digas tonterías!—replicó Golín.

Luego dió la mano a su compañero y penetró en nuestro mundo.

Vacilaba acerca del camino que le convendría tomar y miró a su alrededor.

—Me dirigiré hacia el Este—pensó,—por ahí debe de haber algún pueblo.

Echó a andar y en cuanto hubo recorrido unos cuantos kilómetros, llegó a un pueblo. Al pasar por delante de las casas, miraba por los vidrios de las ventanas y al fin descubrió una habitación donde jugaban un niño y una niña. Se entretenían con una linda casa de muñecas, mientras charlaban acerca de ella.

—Esta casa de muñecas es muy anticuada—decía el niño.—Sus lámparas son de petróleo y no eléctricas. Y eso me parece muy mal.

—Estoy segura de que el abuelito no hará poner luces eléctricas en la casa de muñecas—contestó la niña.—¡Ojalá lo hiciese! ¡Qué bonito sería!

—¡Caramba!—pensó Golín.—Esta es la oportunidad de concederles su deseo.

Saltó por la ventana y fué a situarse a espaldas de los niños.



—¿Os gustaría que la casa de muñecas tuviese luz eléctrica?—preguntó.—Bastará con desearlo mientras yo esté aquí y la tendréis.

Los niños lo miraron muy sorprendidos.

—¡Claro está que me gustaría!—contestó la niña. ¡Ojalá toda la casa estuviese alumbrada por la electricidad!

En un momento actuó la magia del gnomo y la casa de muñecas quedó iluminada, de arriba abajo, por numerosas bombillas eléctricas. Los niños se quedaron extasiados al verlo. Observaron que al lado de cada puerta había unos pequeños conmutadores y, al hacerlos funcionar, encendían o apagaban las luces correspondientes, de modo que, muy excitados, se entregaron a aquella diversión.

Mientras tanto, el gnomo continuaba a sus espaldas esperando una palabra de agradecimiento, pero los niños ya no se acordaban de él. Golín se quedó muy resentido y, por fin, salió por la ventana, sin ni siquiera despedirse.

—Ni tan sólo me han dado las gracias—pensó muy triste.—La escena ha sido muy desagradable. No me figuraba que los niños no sintieran siquiera el deseo de hablar conmigo.

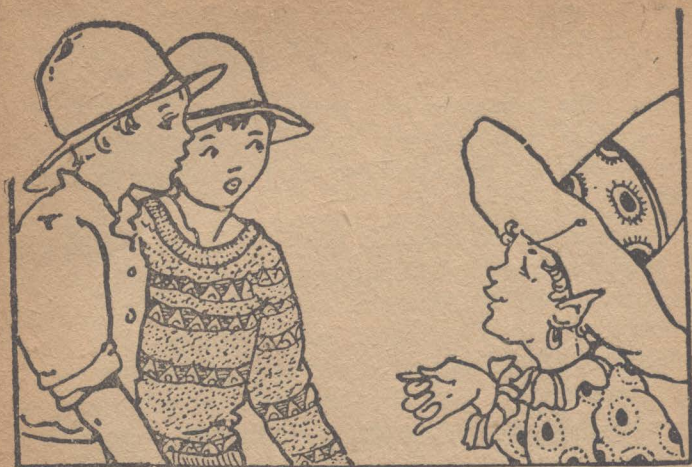
Siguió su camino y poco después llegó a un lugar donde dos niños buscaban en la hierba algo que habían perdido.

—¿Dónde se habrá metido la peseta?—decía uno de ellos.—¡Ojalá la encontrásemos, porque, sino, al llegar a casa nos regañarán.

—Puedo concederos vuestro deseo—dijo Golín acercándose a ellos.—Soy gnomo y llevo mi traje mágico.

—¡No seas tonto!—dijo el primer niño, mirándolo de





—¡AQUÍ ESTÁ!—DIJO GOLÍN, DANDO LA MONEDA  
DE PLATA A LOS NIÑOS

pies a cabeza.—Bien sabes que no existen los gnomos y en cuanto a los trajes mágicos, no creemos en ellos. Y tampoco tú puedes concedernos ningún deseo.

Golín se sonrojó, se metió las dos manos en los bolsillos, y, mirando a los dos niños, les preguntó:

—¿Tenéis verdadero deseo de encontrar esa peseta?

—¡Ya lo creo!—contestaron los dos niños a la vez.—Si no la hallamos, es seguro que nos pegarán en casa.

Apenas hubieron manifestado su deseo, cuando la peseta saltó de su escondrijo, para ir a caer a la mano de Golín.

—¡Aquí está!—dijo entregándosela a los niños.

Pero éstos no se alegraron del hallazgo. Todo lo contrario.



—¿QUÉ TE PASA?—PREGUNTÓ GOLÍN

—Tú la tenías escondida—exclamaron, airados, porque no vieron saltar la moneda hasta la mano del gnomelike. —Has querido burlarte de nosotros y ahora te pegaremos.

En efecto, acometieron al pobre gnomelike, que se vió obligado a emprender la fuga. Cuando estuvo a cierta distancia, se sentó en el umbral de una puerta y empezó a frotarse sus contusiones.

—Bueno — dijo desesperado. — Ya he concedido dos deseos y aun no he oído una palabra de gratitud. ¡Cómo está el mundo! Me parece que ya no queda cortesía ni agradecimiento.

Al cabo de un rato continuó su camino, y no tardó en oír unos sollozos. Asomó la cabeza por la esquina inmediata, y vió una niña sentada en los escalones de la puerta de una casita, mientras lloraba amargamente.



—¿Qué te pasa? — preguntó Golín, conmovido por aquel dolor.

De momento, la niña no le contestó, sino que le dirigió una mirada huraña. Luego, de pronto, se oyó una voz desde el interior de la casa.

—Cesa ya en tu estúpido llanto, María. Tenías muy merecidos los azotes, por haber roto la muñeca en un arrebató de cólera.

—¡Pues, si me da la gana, la romperé otra vez!—gritó la mala niña, poniéndose en pie de un salto y dando patadas de cólera.

El gnomó se escandalizó al verlo.

—No debes replicar de este modo—dijo.—Precisamente yo venía a otorgarte un deseo, y...

—¡Eres un idiota! — chilló la niña haciéndole una mueca.—¡Vete! ¡Ojalá te vieses obligado a ir corriendo al otro extremo del pueblo y así no te vería más!

Como ya se comprende, cumpliósé su deseo, de modo que el pobre Golín se vió corriendo, en dirección al otro extremo del pueblo. La carrera lo fatigó mucho, pero no pudo detenerse hasta haber llegado al lugar que indicara la niña.

—¡Dios mío!—murmuró, dejándose caer en la hierba que había al lado del camino.—¡Qué día tan espantoso! ¡Qué malos son los niños de ahora! Aun me falta otorgar tres deseos. Quisiera haber terminado ya, porque, con toda seguridad, eso no me divierte.

Mientras Golín estaba allí, acercáronse un niño y una niña.

—¡Hola, espantajo!—exclamó el niño. — ¿De dónde sales?

—Del País de las Hadas—contestó Golín. — Soy un gnomó, como debierais haberós imaginado.



—No digas estupideces, hombre —replicó el niño.— No hay gnomos, hadas ni nada que se les parezca.

—¡Naturalmente!—añadió la niña.

—Pues sí que los hay—replicó Golín.—Y aun os diré más: yo soy un gnomo especial. He venido hoy a vuestro mundo, para otorgar deseos a seis niños. Ya he malgastado tres y empiezo a creer que ningún niño vale la pena de que alguien se moleste por él.

—¿Qué es esto de otorgar deseos?—preguntó el niño.—No lo creo. Pero, en fin, voy a probarlo, para ver si dices verdad. Deseo que aparezcan un plátano, una piña y una pera y que se pongan sobre tu cabeza.

En el acto se cumplió aquel deseo y las tres frutas fueron a caer con fuerza sobre la cabeza del pobre gnomo. Los niños, de momento, se quedaron asombrados, pero luego se echaron a reír.

—¡Caramba!—exclamó el niño al fin.—¡Quizá sea, realmente, un gnomo, porque mi deseo se ha cumplido!

Estaba Golín tan enojado, que ni siquiera supo qué decir.

Los niños lo miraron una vez más y luego echaron a correr, temerosos de la venganza del gnomo.

¡Pobre Golín! Estaba tan triste, al ver que los niños habían sido capaces de hacerlo víctima de una broma tan pesada, cuando les ofreció otorgarles un deseo, que no supo qué hacer ni qué resolver. Se esforzó lo mejor que pudo por arrancarse aquellas frutas de la cabeza, pero estaban tan firmes, que no lo consiguió.

—¡Pobre de mí!—sollozó el gnomo.—No podré quitármelas hasta que regrese al País de las Hadas, pues solamente allí lograré que se cumplan mis deseos.

En aquel momento apareció una niña de pocos años,

que llevaba una gran carga de leña. Al ver al gnomo, se detuvo, mirándolo sorprendida.

—¿Para qué lleva usted esas cosas en la cabeza?—preguntó.—¿Pesan mucho?

—Sí,—contestó el gnomo, suspirando—pero no puedo quitármelas.

Luego refirió su historia a la niña y ella lo compadeció.

—Me gustaría poder quitarle esas cosas—dijo.—Si se cumpliera mi deseo, se vería usted libre de todo eso.

Apenas hubo pronunciado tales palabras, cuando sucedió lo mismo que acababa de decir. Desaparecieron las frutas y el gnomo, muy contento, meneó la cabeza.

—¡Viva!—exclamó.—¡Ya no están! ¡Oh, buena niña, cuánto me alegro de que hayas hecho eso! Eres la única niña generosa que he encontrado en todo el día.

—Y usted la primera persona que me ha llamado generosa. Vivo con mi madrastra y siempre me dice que soy perezosa y egoísta, pero yo procuro no tener esos defectos.

—¡Pobre niña!—exclamó Golín, pensando que era una vergüenza cargar a la pequeña de tal manera.—¿No tienes padre que te quiera?

—No—contestó ella.—Tengo una tía, pero desde que cambiamos de casa no sabe dónde vivo. Mi madrastra le tiene mucha antipatía, porque me trataba bien y quería que fuese a vivir con ella. Mi tía aseguraba que yo soy la criada de mi madrastra, pero a mí no me importaría, con tal de que me tratase bien.

—No sabes cuánto quisiera ayudarte—dijo Golín, casi a punto de llorar.—Es una lástima que no esté aquí tu tía, para llevarte a vivir con ella.

—¡Ojalá la viese a mi lado!—exclamó la niña, car-





—¿POR QUÉ LLEVA USTED ESAS COSAS EN LA CABEZA?—PREGUNTÓ LA NIÑA

gándose de nuevo el haz de leña, pero, de pronto, dió un gritó de alegría y lo dejó caer en el suelo. Golín también profirió una exclamación de gozo, porque en aquel momento vió que se acercaba a ellos, corriendo, la mujer de más bondadoso rostro que os podéis imaginar.

—¡Tía! ¡Tía! — exclamó la niña. — ¡Ahora mismo deseaba verte a mi lado!

—¡Naturalmente!—dijo Golín para sí, sonriendo al mismo tiempo.—Es el sexto deseo. No me acordaba de que aun me quedaba uno. En fin, me alegro mucho de que haya correspondido a esta niña, que utilizó el primero que le dí para librame de aquellas malditas frutas. Bien merece haber aprovechado el último.

—¿De dónde vienes, tía?—preguntó la niña, abrazan-





### GOLÍN DESAPARECIÓ ANTE LA IRRITADA MADRASTRA

do a la buena mujer.—¡Si supieras cuánto te he echado de menos!

—Vengo a buscarte para que, en adelante, vivas conmigo. Me ha costado mucho averiguar tu paradero. No sé cómo he llegado hasta aquí, pero el caso es que estamos juntas y ahora me acompañarás a casa, donde, de aquí en adelante, vivirás muy cuidada y bien querida.

—¿Y mi madrastra?

—Yo iré a verla por ti—dijo el gnomo, sonriendo—y le diré lo que pienso de ella. Vete con tu tía y procura pasarlo bien. Yo me encargaré de llevar la leña.

La niña se alejó, muy satisfecha, con su tía, cuya mano había agarrado con fuerza. Golín cargó con el haz de leña y se encaminó a la casucha que la niña le indicara.

Abrió la puerta una mujer fea y malcarada, que frunció el ceño al ver a Golín.

—Vengo a traer la leña que su hijastra cogió en el bosque. Ahora se ha ido a vivir con su tía.

—¿Ah, sí?—exclamó aquella mujer, cogiendo la es-

coba.—Estoy segura de que tú has intervenido en eso. Vas a ver la paliza que te dará.

Echó a correr hacia el gnomo, pero él se metió las manos en los bolsillos y formuló un deseo.

—He concedido ya seis y ahora mi traje está lleno de magia para mí. Quiero, pues, volver inmediatamente al País de las Hadas.

Se oyó un silbido y en el acto el gnomo salió disparado por el aire, desapareciendo ante los ojos de la madrastra. Esta palideció y, asustada, se encerró en su casa, dando un portazo. Y se quedó tan aterrada, que no trató de averiguar más qué había sido de su hijastra.

En cuanto a Golín, sintió extraordinaria alegría al volver a su casa. Mientras tomaban unas buenas tazas de chocolate, refirió sus aventuras al Duendecillo Verde y ambos convinieron en que aquel fué un día muy emocionante.

Pronto llegará la época en que Golín haya de volver a este mundo. Si lo encontráis, tened mucho cuidado y esforzaos en aprovechar lo mejor posible el deseo que os otorgue.



## EL ESCLAVO DE LA CAJA AMARILLA

Una vez un anciano y su mujer, que estaban al servicio de un hombre muy rico, recibieron el encargo de limpiar el desván de las cuadras del dueño de la casa. Empezaron a trabajar y, terminada que fué la faena, llevaron al patio la basura que habían recogido.

—¿Qué haremos con todo esto, amo?—preguntó el buen hombre.

—Quemarlo—contestó el dueño.—Si encuentras algo que te guste, te lo quedas y lo demás lo tiras al fuego.

El viejo y su mujer pasaron revista a todos los objetos estropeados para ver si entre ellos había algo de valor, mas no hallaron otra cosa que una vieja caja amarilla, en cuya parte exterior estaban grabadas unas letras muy curiosas.

—Me quedaré con esta caja—pensó el viejo.—Servirá para guardar nuestro dinero, mujer.

Dejaron la caja a un lado y quemaron lo demás. Luego se llevaron la caja a su vivienda.

—La abriremos para limpiarla—dijo la vieja.

Mas en vano fué que lo intentasen, porque la tapa estaba muy bien sujeta.

En vista de esto la llevaron a casa de un amigo suyo, hombre muy sabio, que vivía al otro lado de la calle. En cuanto vió la caja, levantó las manos asombrado.

—¿Dónde habéis encontrado esto?—preguntó.





### EL ANCIANO Y SU MUJER ESCUCHABAN ASOMBRADOS

—En el desván del establo, oculto entre varios trastos inservibles—contestó el anciano.

—No podemos abrirla—añadió la mujer.

—¿No sería usted capaz de hacerlo?

—No—contestó su amigo.—No penséis en tal cosa. Sabed que dentro de esta caja hay un genio malvado, esclavo de un mago poderoso que murió hace muchos años. Al verse a punto de morir, encerró a su esclavo en esta caja, porque temía el poder del genio y la posibilidad de que lo emplease mal para asustar a la gente, sabiendo que su amo estaba muerto.

El anciano y su mujer escuchaban estas palabras con los ojos y la boca muy abiertos.

—Este esclavo obedecerá cualquier orden que se le dé—añadió el amigo.—Mas, para lograrlo, es preciso ser



### DE LA CAJA SALIÓ UNA COLUMNA DE HUMO AMARILLENTO

mago. Si queréis seguir mi consejo, mejor será que arrojéis la caja al fuego.

Los dos ancianos se volvieron a su casa. La esposa quería arrojar la caja al fuego, pero su marido no se lo permitió, pues quería dejar la caja sobre la repisa de la chimenea, para que todos pudiesen admirarla, y así lo hicieron después de haberla lavado muy bien.

Aquellos dos viejos eran muy pobres; habían de trabajar de firme para sustentarse y poder comprar ropa y calzado. Muchas veces el viejo pensaba, pesaroso, en el esclavo de la caja y se distraía imaginando lo que le pediría en caso de serle posible.

—Le pediría una casa espléndida—se decía—y un sótano lleno de oro. También encargaría doce trajes de seda para mi mujer y otros tantos para mí. Le ordenaría,



además, traerme cuarenta esclavos negros, para que nos sirviesen. ¡Oh! si tuviese la posibilidad de dar órdenes a este esclavo, conseguiría lo que se me antojase.

Cuanto más pensaba en esto, más deseaba abrir la caja para ver lo que contenía. Por fin, una mañana, cuando su mujer había salido de compras, tomó la caja amarilla de la repisa de la chimenea y, con un cuchillo de sólida hoja, rompió el cerrojo.

En cuanto hubo levantado la tapa, se difundió por la estancia un aroma muy intenso. El viejo dejó la caja sobre la mesa y se quedó a prudente distancia. Entonces ocurrió algo asombroso. De la caja salió una columna de humo amarillo, elevándose hasta el techo. Permaneció varios minutos flotando en el aire y, por último, se condensó, convirtiéndose en un esclavo de cara amarilla, que hizo una profunda reverencia al asombrado viejo.

—Manda lo que quieras, señor, y obedeceré—dijo.

El viejo, de momento, se quedó mudo de asombro y además estaba muy asustado. Pero luego, con voz temblorosa, dijo:

—Tráeme una buena comida.

En cuanto el esclavo oyó su voz, levantó el rostro para mirar al del viejo.

—¡Ah!—exclamó. — No eres el mago, mi amo. Por consiguiente, no soy tu esclavo.

—Haz lo que te he mandado—replicó el viejo con voz más firme.—De lo contrario, te mandaré a reunirte con tu amo.

El esclavo se echó a reír y, luego, dijo:

—Ya estoy harto de obedecer las órdenes de otro. Ahora quiero ser el amo y tener un esclavo para darle mis órdenes. Tú lo serás.



—No—replicó el viejo temblando.—Has de obedecer mis órdenes.

—Bueno—contestó el esclavo con sonrisas burlonas.—Vamos a hacer un trato. Yo obedeceré tus órdenes, siempre y cuando sigas ordenándome cosas, pero en cuanto titubees o vaciles y no sepas qué mandar, te convertirás en mi esclavo. ¿Te conviene?

El viejo se alegró mucho de oír aquella contestación. Sentíase capaz de dar mil órdenes, una después de otra, sin descansar.

—Empieza ahora mismo, esclavo. Tráeme una buena comida—mandó.

El esclavo desapareció y de repente surgió sobre la mesa una comida magnífica. El viejo acercó una silla y en el acto empezó a comer. En cuanto llegó la mujer, su marido le dió cuenta de lo que había pasado y le recomendó que se sentara a comer.

Pero antes de haber llegado a la mitad del banquete, apareció de nuevo el esclavo y le pidió otra orden. El viejo se apresuró a replicar:

—Tráeme doce trajes de seda para mí y otros tantos para mi mujer.

Desapareció otra vez el esclavo, pero no tardó en volver con veinticuatro magníficos trajes de seda, que arrojó a los pies de los dos viejos, pidiendo una nueva orden.

El viejo tuvo que buscarla y aquella vez pidió que su casa se convirtiese en un palacio. Así ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. La casita desapareció para dar lugar a un espléndido palacio, que resplandecía a la luz del sol.

El viejo y su mujer estaban pasmados y entusiasmados. Realizábanse todos sus ensueños, pero el esclavo volvía a cada momento, de modo que al oscurecer había proporcionado un sótano lleno de sacos de oro, cuarenta esclavos.

vos negros, una fuente, unos jardines maravillosos, pájaros cantores, una cama de oro y otras muchas cosas.

El viejo estaba ya cansado de dar tantas órdenes. Por el momento tenía cuanto necesitaba y deseó que el esclavo no se presentase en algún tiempo. Pero no pudo conseguirlo.

—No—dijo el esclavo.—En nuestro contrato no figura esta condición. Si no se te ocurre ya otra orden que darme, habrás perdido y en tal caso serás mi esclavo.

—No digas tonterías—replicó el viejo asustado.—No soy tu esclavo ni quiero serlo. Y ya que deseas otra orden, ve a llenar de peces dorados la taza de la fuente.

El esclavo ejecutó inmediatamente aquel mandato y reapareció ante el viejo.

—Ahora tráeme un loro de plumas rojas y doradas—dijo el dueño del castillo.

En cuanto el esclavo hubo desaparecido, el marido se volvió desesperado a su mujer.

—Estoy seguro de que no me dejará dormir durante esta noche. A cada minuto del día y de la noche habré de darle una nueva orden. Esto me va resultando difícil y estoy seguro de que, en breve, no podré ordenarle ya nada más. Entonces tendré que ser su esclavo.

En aquel momento regresó el servidor, pidiendo otra orden. Así continuó la cosa durante toda la noche, de modo que el pobre viejo no pudo cerrar los ojos ni descansar, aunque estaba tendido en su magnífico lecho de oro. Su mujer dormía profundamente y sólo se despertó cuando, por la mañana, entró un criado para llevarle agua caliente.

¡Cuánta fué su tristeza al ver a su derrengado marido, que ni siquiera había podido cerrar los ojos!

—Ya no se me ocurre nada más. En cuanto vuelva el



esclavo, habré de darme por vencido y ser su servidor.

La vieja reflexionó un momento. Luego se volvió a su marido y le dijo:

—Mira. En cuanto vuelva el esclavo, pídele que traslade nuestro palacio a la tierra de las nieves.

Su marido la miró pasmado, pero, sin embargo, dió aquella orden.

Un instante después el palacio fué arrebatado por un fuerte viento y transportado por el aire a través de innumerables kilómetros. Luego se posó en una región septentrional, enteramente cubierta por la nieve.

La vieja salió corriendo a la puerta del palacio y, a corta distancia, vió un charco cubierto de hielo. Rompió un gran pedazo, lo llevó al interior del palacio y, después de dividirlo en tres trozos, lo puso en un plato.

—Ahora, marido—le dijo,—cuando llegue el esclavo, toma un pedazo de hielo y ordénale que lo caliente. Es muy posible que desconozca la naturaleza del hielo.

El esclavo volvió en seguida y, con acento insolente, pidió otra orden. El viejo tomó un pedazo de hielo, se lo entregó y le dijo:

—*Caliéntame este pedazo de vidrio.*

El esclavo se rió, tomó el hielo y lo puso encima de la llama de una bujía, con la esperanza de que se calentaría, pero, con gran sorpresa, observó que se derretía, convirtiéndose en agua, que iba a parar al suelo. En breve desapareció el hielo y el esclavo se quedó anonadado. ¿Dónde habría ido a parar aquel pedazo de vidrio? Se asustó y empezó a temblar.

—Amo—dijo,—perdóname. Ha desaparecido el vidrio y no sé cómo.

—Entonces toma este otro trozo y caliéntalo—replicó el viejo, entregándole otro pedazo de hielo.—Pero ten





### EL ESCLAVO SOSTUVO EL HIELO SOBRE LA LLAMA DE UNA BUJÍA

cuidado, esclavo. Si no puedes obedecer mis mandatos, tendrás que volver a meterte en la caja amarilla.

El esclavo tomó el otro pedazo de hielo y lo sostuvo sobre la llama. En un momento se convirtió en agua, y el esclavo vió que tenía las manos vacías. Se arrodilló ante el viejo y le rogó que le permitiese hacer otra prueba.

—Esta es la última vez—contestó el viejo, dándole el último pedazo de hielo.—Calientalo, esclavo, y no me hagas perder más tiempo.

En vano trató el esclavo de calentarlo, porque sólo consiguió fundirlo y apagar la bujía. Entonces comprendió que había sido derretido. Profirió una gran voz y tomó la caja amarilla que estaba sobre la chimenea. Levantó la tapa y se percibió un extraño olor. Aquel ser



### EL ESCLAVO CAYÓ DE RODILLAS Y PIDIÓ PERDÓN

extraordinario convirtiéndose en negro humo y empezó a meterse en la caja. Cuando ya no quedó fuera ninguna voluta de humo amarillo, la vieja cerró la caja y se apresuró a arrojarla al fuego.

La estancia se quedó a oscuras, a excepción del resplandor de las llamas que, de pronto, adquirieron un tono verdoso, alcanzando grande altura. Se oyó una especie de rugido y el palacio se estremeció hasta en sus cimientos. Los dos viejos se asustaron y acudieron a sostenerse uno a otro.

Poco después cesó el rugido, disminuyeron las llamas y recobraron su tono rojizo. La habitación no se estremecía ya y, poco a poco, volvió a resplandecer la luz del día.

—¡Dios mío!—exclamó la vieja mirando a su alrededor, muy asombrada.—¡Ya no estamos en un palacio, querido, sino, de nuevo, en nuestra casita! ¡Mira! No nos hallamos tampoco en el país de las nieves, sino en nuestra propia calle.





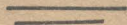
—¡Esto es maravilloso!—exclamó el viejo, temiendo todavía que de pronto reapareciese el esclavo.

Pero no quedaba de él más que la ceniza que aun brillaba en el fuego con verdes resplandores.

—Nunca más volveremos a intervenir en la magia—se prometieron uno a otro. — Nos contentaremos con nuestra casita y con nuestra comida sencilla. En cuanto al esclavo, ya nunca más podrá beneficiar ni molestar a nadie.

Pero se equivocaban, porque en cuanto su amigo se enteró de lo ocurrido, fué a recoger las cenizas de la caja y las metió en un jarro. Las mezcló con algunas plantas curativas y así compuso un medicamento maravilloso que curaba a los enfermos.

De este modo terminó felizmente y aun ahora goza de gran fama en la comarca aquel medicamento maravilloso.





## EL RATÓN HABLADOR

El ratón Lobín era muy hablador. Ni de día ni de noche dejaba de hablar, siempre que tenía algún oyente. Y aun a veces asomaba la cabeza por la entrada de su guarida y hablaba descaradamente al gato, que se afilaba las uñas y no le contestaba.

Un día, los ratones celebraron una reunión para tratar del gato.

—Esta semana se ha comido a seis ratones — dijo Bigotudo.

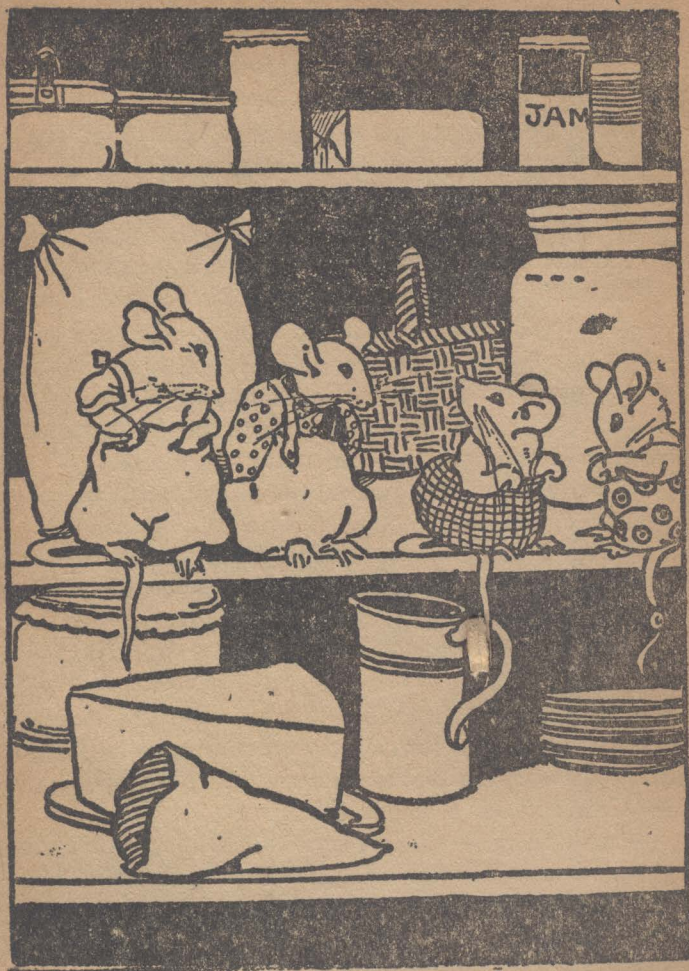
—La semana pasada se comió cinco—observó Rabón.

—Y se comerá siete la semana próxima, si no lo impedimos—añadió Roedor.

Entonces Lobín se puso en pie y empezó a hablar. ¡Qué bien lo hizo! Y siguió charlando largo rato, sin interrumpirse, exponiendo numerosas ideas acerca de cómo se podría impedir que el gato siguiese matando ratones.

—Vamos a hablar de eso—replicó Roedor.—Una de tus ideas, Lobín, es muy buena. Me refiero a la de poner guantes en las patas del gato, para que no pueda hacer uso de sus garras.

—¡Oh, sí!—exclamó Lobín, muy satisfecho.—Si podemos conseguir esto, ya no habremos de temer más al gato.



LOBÍN EMPEZÓ A HABLAR



—Creo, Lobín, que ésa es la mejor de todas tus ideas —dijo Bigotudo.—¿Cuándo irás a poner los guantes al gato? ¿Mañana? Si quieres, esta misma noche encargaré a mi mujer que te haga los guantes.

Lobín palideció, porque nunca se le ocurrió la idea de que él tuviera que poner en práctica su proyecto.

—¡Oh!—contestó.—Yo no soy más que un débil ratoncito. Tú eres mucho más fuerte y listo que yo. Te corresponde, pues, el honor de poner los guantes al gato, Bigotudo. O, si no, que lo hagan Roedor o Rabón.

—De ningún modo—contestó Rabón.—La idea es tuya y la has expuesto por espacio de una hora. Tú pondrás los guantes al gato. ¿Tienes miedo?

—No, de ningún modo—contestó Lobín, aunque le temblaba el rabo a causa del susto.—Lo haré.

—Pues, esta misma noche, mi mujer hará los guantes—dijo Bigotudo.

En efecto, la buena señora se encargó de coserlos y al día siguiente se celebró otra reunión, en el curso de la cual entregaron los guantes a Lobín.

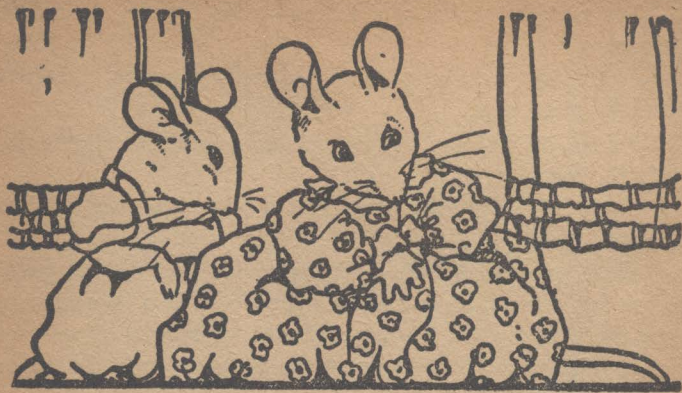
—Será preciso atarlos—dijo éste—y no tengo ninguna cinta.

Rabón anunció que sabía dónde había cordel, y, en efecto, al poco rato volvió con un hilo muy largo, que, con los dientes, dividió en cuatro, uno para cada pata.

—¡Gracias!—dijo el pobre Lobín.

—¿Estás listo? — le preguntó Bigotudo, asomándose para mirar a la cocina.—El gato se está lavando delante del fuego. Ahora es la ocasión de que salgas a ponerle los guantes.

—Muy bien—repuso Lobín, muy animoso, mientras salía a la cocina. Pero luego miró hacia atrás y dijo:—Será preciso que uno de vosotros venga conmigo, para



## LA SEÑORA BIGOTUDO HIZO LOS GUANTES

inmovilizar al gato, en tanto que yo le pongo los guantes. No tengo bastante fuerza para hacer las dos cosas a un tiempo.

Nadie contestó una sola palabra, aunque todos se quedaron mirando a Lobín.

—Bueno—añadió éste.—¿Quién viene? ¿Tú, Rabón?

—Me parece que no—contestó éste.—Tengo que hacer un trabajo urgente.

—¿Y tú, Bigotudo, o tú, Roedor?—preguntó Lobín.

Pero nadie se manifestó dispuesto a contener al gato.

—Bueno—exclamó Lobín, fingiendo el mayor asombro.—Sois unos cobardes. Tenéis mayor estatura y más fuerza que yo y, sin embargo, no queréis venir a ayudarme a poner los guantes al gato. Y eso me asombra, porque yo os doy un buen ejemplo de valor.

Nadie le contestó y, mientras tanto, el gato, en la cocina, se desperezó, roncando de satisfacción.



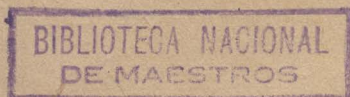
—Yo tengo mucho que hacer—dijo Rabón, echando a correr.

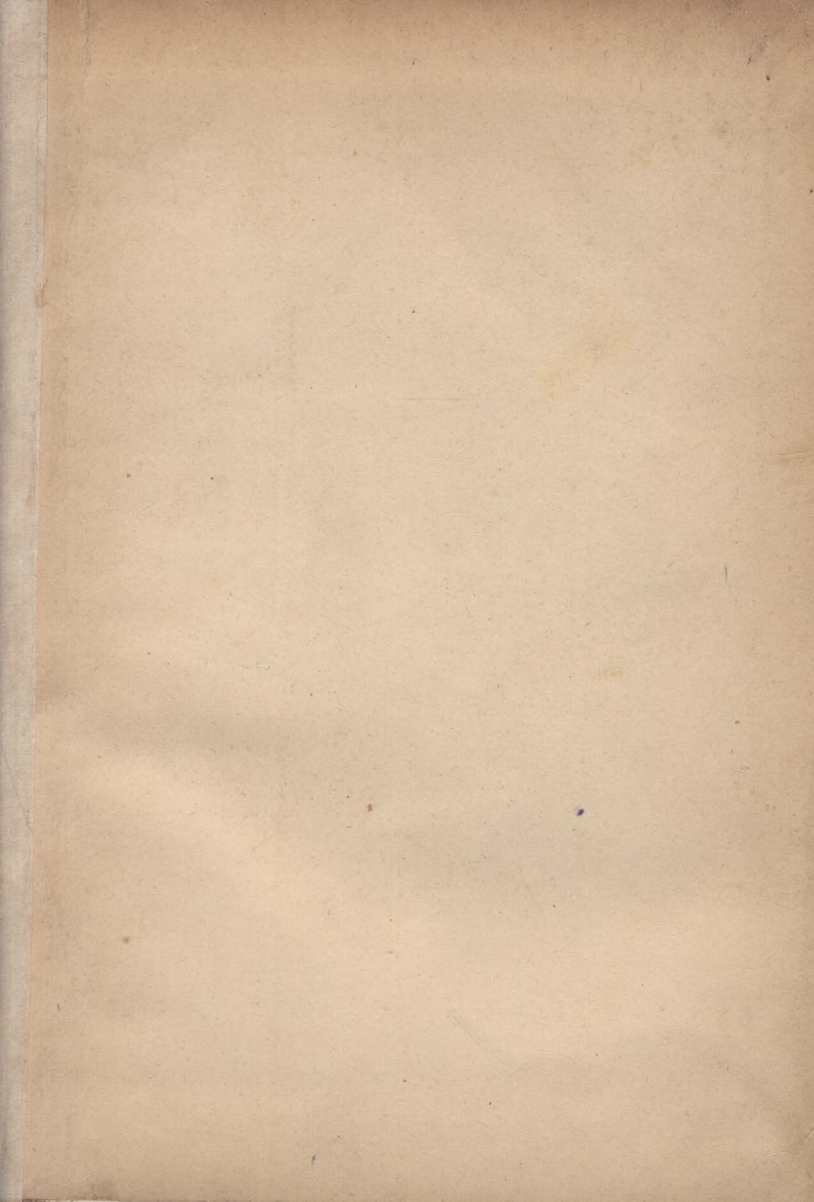
—Yo he de roer una nuez—añadió Roedor, desapareciendo a su vez.

—Yo he de hablar con mi mujer—anunció Bigotudo, antes de marcharse.

No quedó nadie allí, más que Lobín, que se echó a reír, exclamando:

—¡Qué gracioso! Pero no pondré los guantes al gato. Que se los ponga él, si quiere.—Los arrojó a la cocina y luego se refugió en su madriguera gritando al mismo tiempo:—¡Qué valiente soy! A punto he estado de poner los guantes al gato.







# Mis Primeros Cuentos

Hermosa colección de cuentos clásicos, indicada como primera lectura de todos los niños. Además de instruirlos y deleitarles, les hará aficionarse a las bellas artes por sus magníficos dibujos hechos por manos maestras.

## PUBLICADOS



- 1—Blancanieves.
- 2—Ali Babá y los Cuarenta Ladrones.
- 3—La Cenicienta.
- 4—Barba Azul.
- 5—Pulgarcito.
- 6—Aladino o la Lámpara Maravillosa.
- 7—El Agua Milagrosa.
- 8—Los Tres Pelos del Diablo.
- 9—El Rey Cuervo.
- 10—Caperucita Roja.
- 11—La Vieja de los Gansos.
- 12—Floreccilla.

En preparación:

- 13—El Sastrecillo Valiente

PRECIO \$ 1.50

URGEL 245  
BARCELONA



GOROSTIAGA  
BUENOS AIRES